

## D. P. Herederos de la Perfidia: Luces bajo el yugo de Solcestia

A. E. J. Corona

Image not found.

# Capítulo 1

Prólogo

Kop Liya de Acero

Una suave niebla acaricia las ramas secas de unos árboles. En ese remoto lugar, una taiga yace iluminada con los primeros rayos de luz de una mañana aparentemente tranquila. El grito de un hombre se dispara en la lejanía. El chirrido de una bisagra metálica suena en el eco, muy cerca.

Una silueta se detiene en la nieve. Poco después, otra más pequeña se planta a su espalda.

-Viene del pueblo -dice una voz de mujer.

-Escucha -el hombre acentúa su duro rostro tapado por la barba, intentando prestar atención a un casi inapreciable barrullo que trae el viento- hay un alboroto- le dice mientras se gira para dirigirse con paso apresurado hacia su chabola.

- ¿A dónde vas? -le contesta su mujer con un tono más elevado.

- A por mi arma.

La señora mira en dirección al pueblo, preocupada. Encerrándose aún más en su pañuelo, sigue los pasos de su esposo, buscando un lugar cálido.

El anciano cazador se desenvuelve entre colinas nevadas, de las cuáles nacen unos árboles puntiagudos y muertos. El frío parece pesar sobre las pieles que protegen su fuerte cuerpo, y la niebla, ahora más espesa, se le presenta como un mar blanquecino. El sol, que se deja ver entre las melancólicas nubes, se tapa poco a poco por una sombra desconocida, en la cual, el anciano, también cae. El hombre desenfunda de su espalda un arma estafalaria envuelta en telas. El silencio es abrumador. Se oye el intermitente aliento del viejo, que adorna su presencia con un vaho espeso, que paulatinamente, va desapareciendo. Oye también como la niebla roza la corteza de los árboles, un sonido que acaba de descubrir.

La gigantesca sombra se desvanece poco a poco, poniendo la piel de gallina al asustado cazador. Pero antes de esfumarse, en un pequeño lapso de tiempo, tres pequeñas figuras semblantes a unos cuernos, emergen de la niebla. Brillan levemente antes de desaparecer

por completo. El aliento del hombre vuelve a nacer con la sorpresa que le propina un paisano al llamarle:

- ¡Ya Kusk! -le repite una y otra vez mientras la niebla se disipa a su alrededor. Se detiene para recuperar el aliento.

- ¡Trevoga! ¿Qué ha ocurrido? Mi mujer y yo hemos oído un grito desde el otro lado de la colina, y mucho alboroto después. ¿Nyy Pa se ha vuelto a beber las reservas de Malubacada? -le recibe espetando una leve sonrisa.

- Perdona jefe Ya, pero no es momento para reír -se reincorpora.

- Lo sé, creo haber visto al Vedama justo ahora, se ha ido en aquella dirección -señala con su arma hacia una neblina inquieta, por donde la misteriosa sombra había desaparecido- Si nos damos prisa podremos seguir el rastro hasta ubicar su madriguera. Que, por cierto, debe de tener un tamaño considerable, el más grande que yo haya visto.

- ¿Vedama? -su paisano se muestra confuso- No, jefe Ya, no se trata de ningún Vedama -continúa recuperando su aliento.

- Tenía algo raro sí... pero ¿qué es si no? No hay bestias más grandes por aquí.

- Sería un Vedama, jefe, pero no vengo por eso.

- ¿Qué ha pasado Trevoga? -el rostro de Ya Kusk, cambia súbitamente.

- Venga conmigo. ¡Rápido!

- Aun así... -el cazador desenfunda un cuchillo oxidado y lo clava en una pequeña mancha de tierra que sobre sale de la nieve- Marcaré el lugar, no podemos perder el rastro de esta bestia. Mucha carne nos podría brindar. De veras, me ha llamado mucho la atención -se levanta- Vamos, explícamelo todo por el camino.

Los dos hombres corren apuñalando la nieve y rasgando la bruma. Ni se inmutan al ver el súbito emerger de un pueblo-chatarra. Se adentran en las calles nevadas cuyos habitantes parecen haber desaparecido. Al girar una esquina empiezan a oír el eco de un bullicio. De entre la niebla aparece un tumulto muy reducido de personas que se abarrotan alrededor de una casa.

- ¡Ya Kusk ha venido! -proclama una voz que hace callar a todas las demás.

El llanto desconsolado de un hombre azota el umbral de la puerta de la chabola. Ya Kusk no duda en adentrarse en la oscuridad, esquivando las

preguntas con las que le azota su gente. Al entrar en una habitación, ve como un hombre abraza a una joven tendida en una cama.

- Seto Va -llama al pobre hombre, cuyas lágrimas caen sobre la piel pálida del inmóvil cuerpo- Oye, levanta Seto Va- Le dice con delicadeza mientras le toca el hombro- ¿Quién le ha hecho esto a tu hija? ¿Qué has visto?

El hombre abraza con fuerza a su hija.

- Oh Besme. Besme -llora con fuerza.

Ya Kusk, alza la vista y observa cada rincón de la habitación. La ventana está cerrada y sin ninguna señal aparente de forcejeo. El suelo, libre de indicios de que un animal grande haya irrumpido y atacado a Besme. No hay objetos tirados, excepto un hacha. El cuerpo de la joven no está magullado, no hay sangre, no hay nada. El cazador se levanta.

- Trevoga -se dirige a su joven ayudante- Quédate con él e intenta que te cuente algo, voy a revisar el resto de la casa. Tras salir de la habitación, intenta buscar alguna otra huella con restos de nieve que no sean las suyas ni la de su compañero, pero no hay. Al pasar un pasillo ve como la gente sigue curioseando más allá de la entrada, pero no hace caso. Pasan las horas, y decide interrogar al resto de habitantes. Todas las respuestas convergen en un simple punto, y es que Seto Va dice haber visto a un monstruo venido de otro mundo, algo totalmente contradictorio, pues la casa, está intacta. Ya Kusk vuelve a la habitación. Trevoga yace sentado en una silla observando el suelo, adormilado. El pobre hombre sigue lamentándose. Este se da cuenta de la presencia del cazador.

- Ya... -se dirige a él súbitamente.

Trevoga se desvela y le mira sorprendido, pero Ya Kusk mantiene su duro rostro.

- No hay ningún monstruo Seto -se agacha para rodearle con uno de sus brazos- la casa está bien, nada ha sido forzado, y no hay huellas... No hay nieve, tierra, saliva, no hay sangre... tu hija... -hace una pausa prolongada, en la que aprovecha para acariciar su espalda- Besme ha muerto de forma natural. Si me permites revisar su cuerpo, quizás estos días podría saber que ha... -algo le interrumpe. La respiración de Seto Va cambia. Mira fijamente a los ojos de Ya Kusk:

- Tú no has visto lo que yo...

- Seto... si un Vedama hubiera entrado a...

- ¡No era un Vedama! -sobresalta.

- Entonces descríbemelo Seto Va, y si existe, ¡lo mataré!

- No quiero recordar...no quiero recordar -Seto Va se sumerge y encierra en un mar de penas.

Han pasado dos días. Los aldeanos llevan a Besme desnuda en una cama hecha con leña, y viajan por la taiga, lentamente. Ya Kusk va al frente, acompañado por su mujer, su hijo, y el padre de la fallecida, que mantiene una mano tocando una de las ramas más gruesas que forma su lecho.

- Cada vez somos menos -le dice su mujer- Hace dos años... ¿Cuántos éramos? ¿Treinta? Nuestro hijo es el único que logra traer Vedamas cada año, y llegará un momento en que no tendrás suficientes hombres para salir de caza, eso si no mueres tu antes.

- ¡Basta Kin Zhe! -grita Ya Kusk intentando no perturbar el ambiente- No en la honra -sentencia, haciéndola callar a regañadientes.

- ¡Padre! -alerta su hijo, señalando al cielo. De entre las nubes, como si fuera la aleta de un tiburón divino, aparece una colosal estructura voladora con una apariencia totalmente deformada, de la que nacen contados destellos.

- ¡Bridan Ga! -grita Ya Kusk a su pueblo- ¡Abajo, abajo! -les advierte con un ademán.

Todos se tiran al suelo, haciendo caer la cama de la difunta, cuyo negro y largo cabello danza en el aire por última vez.

- ¡Besme! -su padre acude en su busca.

- Seto Va, quieto, no hagas ruido -le susurra por lo alto el cazador.

Ya Kusk se tira encima suya, inmovilizándolo en el suelo, justo al lado del cadáver. El hombre se calma. El lugar se rellena con el sonido de esa magnificante estructura que azota los cielos, removiendo sus entrañas. La gente parece estar muerta, y desde la distancia, rocas o chatarra. Pasan largos minutos, y el ambiente, aunque está más tranquilo, sigue bajo la sombra de la nave. Tras un rato, el frío empieza a colarse bajo las pieles. Seto Va tiembla.

- Ya Kusk, llevan años buscándonos, y cada vez los vemos más a menudo.

- Cierto, quizás ha llegado la hora que todos temíamos. Quizás debamos movernos otra vez.

- Si aún no lo hemos hecho, es porque no podemos ir más al norte, y lo sabes.

El viejo se queda pensativo.

- Ya se nos ocurrirá algo.

- No Ya Kusk... moriremos. Este es nuestro límite.

- No lo haremos, ¡Lo cruzaremos si hace falta! ¡Cruzaremos el polo, y estaremos más lejos que nunca, seguros!

- No te mientas a ti mismo cazador. ¿Crees que no sé lo que cuentan las leyendas? Los libros de aquellos que han vuelto... Un primigenio habita en lo más alto, y convierte el frío en una barrera impenetrable.

Ya Kusk le mira con desaprobación.

- Y que, además -continúa el hombre en delirio- si intentamos cruzar el polo, ni siquiera los nietos de nuestros nietos llegarían al otro lado.

El rostro de Ya Kusk cambia por completo.

- Si Ya Kusk... lo sé, hace tiempo, en el sur, me lo contaron. Que este mundo es tan grande que ni siquiera los Tae Pulna lo ocuparán. Antes se extinguirán. Ya estamos muertos...

Sin mediar palabra, Ya Kusk le tapa la boca y le amenaza:

- Tonterías. Leyendas baratas. No quiero verte diciendo esas cosas al resto, maldito chiflado. Haremos lo que haya que hacer. Y si te veo balbuceando alguna de esas mentiras en público me aseguraré de matarte yo mismo -le libera, con cierta indiferencia por parte de su víctima.

La nave está cada vez más lejos, y la gente se atreve a moverse poco a poco para asegurar el terreno. Empieza a nevar.

- No te preocupes viejo -dice Seto Va, sobresaltando al viejo, que dormía- vendrá a por mí tarde o temprano -Seto Va dirige su mirada hacia la nieve que cae- Lo vi perfectamente. Caminaba a dos patas, y con cada paso hacía resonar el hierro de su cuerpo, formado completamente por un metal que nunca antes había visto. Grandes dientes de acero. Tres cuernos en su cabeza. Sus ojos... de un color que no sabía que existía... Fue horrible Ya Kusk. Mi hija gritaba. Yo intenté golpear a la criatura con mi hacha, pero, rebotó. Mató a mi hija solo con tocarle el pecho.

Las pupilas de ese ser se dilataron, y entonces me miró y me dijo: "No temas, todo acabará pronto" Y mi hija dejó de respirar. Ese ser de la oscuridad, se esfumó, en un parpadeo.

Ya Kusk no respiraba, estaba en un lugar muy profundo de su mente. Y sin intentar apaciguar su locura le secundó:

- Mi abuelo me contó leyendas sobre unos seres parecidos que habitaban en Nebesk

Matna -dijo mirando a la luna anaranjada que resplandecía en lo alto- Allí se fueron a vivir, después de habitar aquí durante lo ocurrido en El Vacío... Aunque no me habló de su don para matar con solo tocar, ni mucho menos que su cuerpo estuviera hecho de metal. De hecho, me dijo que se parecían mucho a los Kop Liya, con escamas, y de color verde.

Seto Va parecía no escuchar. Ya Kusk intenta olvidar la conversación y observa la ya distante nave.

- Pero todo eso son leyendas Seto, que ciertas o no, pertenecen a un tiempo lejano. Nunca podré decir si lo que has visto fue real, pero mi deber es zanjar el tema aquí y ahora. Vayamos a honrar a tu hija, y recordémosla mientras duren nuestras vidas -sentencia y se levanta, dejando en el suelo a un hombre perdido en sus pensamientos.

El líder, con varias señas avisa a todos los demás de que el peligro a pasado. Se empiezan a levantar mientras lanzan injurias al aire y discutir sobre lo sucedido.

- Vamos amigo, ayúdame a poner a Besme en la cama, la llevaremos tu y yo. ¿Te parece bien?

Seto Va, sin expresión en el rostro, mira el cadáver de su hija.

- ¿Sabes una cosa Ya Kusk? -le pregunta mientras se levanta y se sacude la nieve -ese ser me dijo algo mas -el cazador presta atención al sospechoso hombre- Me dijo que la muerte de mi hija salvaría Sol Cestia. Qué forma de burlarse, ¿verdad? -el desquiciado hombre saca una bola verde de su bolsillo- Prefiero volver al sur. No tengo el valor suficiente para matarme con mis propias manos. No aguanto más, allí moriré pronto.

Ya Kusk no responde ante sí. Intenta detenerle, pero Seto Va rompe la bola, liberando una luz verde que ilumina todo el lugar hasta el manto de nubes. Más allá, la nave que les sobrepasó hace largo rato, se detiene.